

JUAN JOSÉ BALLESTA

En colaboración con Eva Cruz



La vida mejor

El Bola, la fama, el cine y todo lo demás

DESTINO

Juan José Ballesta

La vida mejor

El Bola, la fama, el cine y todo lo demás

En colaboración con Eva Cruz

© Juan José Ballesta, 2024

© Eva Cruz, 2024. Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

Foto 1: © TESELA, P.C. / Album

Fotos 2 y 3: © Archivo personal

Foto 4: © Album / EFE

Foto 5: © Prod DB / KCS / Aurimages

Foto 6: © Album / EFE

Foto 7: © Archivo personal

Foto 8: © Sophisticated Films / Wanda Vision Films / Album

Foto 9: © Cortesía de Atresmedia y Warner Bros. ITVP España

Fotos 10, 11 y 12: © Archivo personal

Foto 13: © BAMBU / Album

Foto 14: © Archivo personal

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-233-6584-5

Depósito legal: B. 15.409-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

Prólogo.....	9
--------------	---

PARTE I: INFANCIA

Mal de altura	15
Al actor natural	19
Mi madre	27
El niño actor.....	37
El macarra.....	45
El primer parón	57

PARTE 2: JUVENTUD

El padre.....	71
El hombre natural	81
El héroe.....	91
Entre los temerarios.....	95
Más telerrealidad	105
<i>Hispania</i>	111
La policía de la tele	121
<i>Oro</i>	129

PARTE 3: MI PRESENTE

«MasterChef»	135
Me gusta conducir	145
Los hechos	153
<i>Un hombre de acción</i>	165
Agradecimientos	171

MAL DE ALTURA

Yo me hice muy muy famoso con once años. Tan famoso que no podía ir por la calle sin que me pararan. Tan famoso que en el colegio se empezaron a meter conmigo y me tuve que ir a otro. Tan famoso que dejé de ser Juanjo y para mucha gente me convertí en el Bola, y comenzaron a llamarme por el nombre del personaje que interpretaba. El Bola era un niño que tenía un padre que le odiaba. «Que cuando se portaba mal le encerraba en el armario a oscuras y le decía que le iba a dejar ahí hasta que se muriera. No le dejaba ir con sus amigos. Y le hacía trabajar en la ferretería. Le insultaba. Le escupía. Decía que le daba asco, que se tenía que haber muerto él y no su hermano. ¿Lo digo? Hijo de puta. Mal nacido. Cabrón. Mierda. Gilipollas.»

Me acuerdo perfectamente de este monólogo entero, lo puedo recitar del tirón. Está ahí, perfectamente archivado en mi memoria: una vez que me he aprendido un texto nunca se me olvida. Encima, este monólogo, recitado en primer plano a una cámara que no se mueve, muy serio, con una ceja rota, seguramente sea el más importante de mi ca-

rrera. Al fin y al cabo, fue el que me dio una carrera de actor. Es el plano por el que el cine me recuerda, y por el que haga lo que haga en el futuro, aunque sea mejor, se me recordará siempre, como le pasa a Ana Torrent con *Cría cuervos* o a Henry Thomas por *E.T.*

Pero me hace gracia, porque aunque al Bola le debo mucho, cuando yo tenía once años, mi vida, la de Juanjo Ballesta, era todo lo contrario. A mí, a diferencia de lo que le pasaba a él, mi madre y mi padre me han querido siempre mogollón. Siempre hemos estado unidos, siempre he sentido que mi casa era el mejor lugar del mundo y que mi familia era la gente con la que más me gustaba estar. Y yo creo que por eso no me he vuelto loco nunca.

Tenía papeletas para volverme, si no loco del todo, por lo menos un poco tarado. Un Goya con doce años, una Concha de Plata del Festival de San Sebastián con diecisiete. El techo de mi profesión antes de cumplir la mayoría de edad, antes de estar seguro, incluso, de que esta iba a llegar a ser mi profesión. Verte ahí arriba es imaginar que te caes desde una altura muy grande, y a mí las alturas no me gustan nada. Cuando veo que estoy muy arriba, que me va a entrar el vértigo, que se me queda la cabeza como sin sangre y empiezo a temblar, me bajo.

Esto es lo que he aprendido a hacer, a bajarme cuando me da el mal de altura.

Cuando hablo del mal de altura no me refiero solo a la fama, que no es más que una variable que no depende del todo de ti. Me refiero también a la

ansiedad de las redes sociales, a la soledad, al miedo al fracaso..., a un montón de emociones que también te pueden dejar sin aire y como suspendido en el vacío.

Ya sabéis lo que dicen: los aterrizajes son más peligrosos que los despegues, y la mayoría de los accidentes a los alpinistas les ocurren en los descensos. Pues yo creo que he aprendido a bajarme, plantar los pies bien en el suelo, volver a echar la caña y esperar.

Puede que no parezca gran cosa, pero os juro que es como llevar paracaídas.

BOLLA

TESELA P.C. PRESENTA
UNA PELÍCULA DE **ACHERO MAÑAS**

EL



una producción de TESELA, P.C.
con JUAN JOSÉ BALLESTA PABLO GALÁN ALBERTO JIMÉNEZ
MANUEL MORÓN ANA WAGENER NIEVE DE MEDINA GLORIA MUÑOZ
JAVIER LAGO OMAR MUÑOZ SOLEDAD OSORIO
quién ACHERO MAÑAS música EDUARDO ARBIDE
diseño de producción GOLDSTEIN & STEINBERG
montaje NACHO RUIZ CAPILLAS director artístico SATUR IDARRETA
director de fotografía JUAN CARLOS GÓMEZ
productor asociado FRANCISCO LÁZARO
productor ejecutivo JOSÉ ANTONIO FÉLIZ director ACHERO MAÑAS



Con el apoyo de Unicef en defensa de los derechos de los niños maltratados.



Tesela

EL ACTOR NATURAL

—En la casa vamos a entrar lo justo, y la piscina, ni olerla.

Eso dice el director del *spot*. Es la primera vez que mi madre y yo estamos en un rodaje. Posiblemente sea la primera vez que oímos la palabra *spot* para hablar de lo que toda la vida ha sido un anuncio. Estamos en pleno verano, creo que es el año 1993, y se está grabando, en un *chaletazo* de La Moraleja, la campaña de la vuelta al cole de El Corte Inglés. Me han puesto bermudas de niño pijo y un plumas. Y como tengo las piernas llenas de moratones por andar todo el día haciendo el cafre por ahí, me las han maquillado. Tengo unos seis años y estoy que me pica todo, no paro de moverme. Y mi madre, por lo bajinis, me susurra:

—Juanjo, por favor, no la lées.

—Mamá, es que tengo mucho calor. Creo que me voy a desmayar.

Soy muy peliculero. Gimoteo, me revuelvo el pelo, pongo *carusa*. Mi madre está acostumbrada a mis exageraciones. No tiene miedo de que me desmaye, pero sí de muchísimas otras posibilidades

aún más aparatosas. Mira a su alrededor: un salón en tonos claros lleno de cosas que se pueden manchar o romper, un jardín perfecto con su césped impecable, el agua azul de la piscina que centellea bajo el sol, quieta y pacífica. Vuelve a decirme:

—Juanjo, por Dios, no la lées.

Y yo le sonrío: «Tranquila, mami». A esa edad tengo una sonrisa irresistible.

Pero según se lo digo se me olvida que se lo he dicho, y algo me bulle por dentro. Y entonces echo a correr... y me tiro a la piscina.

¡Bomba va! ¡Chof!

¿Objetivo? Salpicar a cuanta más gente mejor, hacer mucho ruido, llamar la atención y dejar de aburrirme. Aliviar este picor de estar quieto y callado con una ropa que no me gusta.

O sea, que la lie pero bien.

Casi no tengo recuerdos anteriores a los ocho años, solo alguna imagen fugaz. Y todas, menos esta, tienen que ver con la pesca. Yo, como algunos habréis podido deducir por lo que acabo de contar, tenía trastorno por déficit de atención e hiperactividad, lo que en ciencia hoy en día se llama TDAH y en mi pueblo «ser un revolvera». No paraba quieto. Solo cuando iba con mi padre a pescar era capaz de estar quieto y callado, esperando, conectando con otra cosa, concentrado. La pesca y actuar son las dos actividades que me paran.

Pero cuando era pequeño no siempre estaba pescando o delante de una cámara, claro. Normal-

mente lo que estaba haciendo era liarla. Pero el caso es que yo creo que al final ser así de rebelde y revoltoso me vino bien para el futuro. Eso es lo que os voy a contar en este capítulo.

Volvamos entonces a ese chalet de La Moraleja, donde estamos grabando el *spot* de la vuelta al cole de El Corte Inglés. Una campaña solo superada en importancia por la de Navidad, muy por delante de la de «ya es primavera». Decenas de millones de pesetas en juego. Cartelería por toda España, anuncios en las mejores franjas horarias de la televisión. Y coge el niño y se tira de bomba en la piscina, salpicándolo todo... Cuando saqué la cabeza del agua, con una sonrisa que no me cabía en la cara, vi que las expresiones de aquella gente —el director, los cámaras, los demás actores, los de vestuario, maquillaje y peluquería, los eléctricos, los sonidistas y mi madre— eran pura poesía. ¡Ya era primavera en esas caras! Porque las había de todos los colores: rojas, como la de mi madre, pero también blancas, amarillas y yo creo que hasta verdes.

Cuando salí de la piscina con la ropa empapada, el peinado desaparecido y el maquillaje estropeado, el rodaje tuvo que pararse más de media hora. Por lo menos cincuenta personas mano sobre mano, perdiendo el tiempo por mi culpa. ¿Pero cómo haces eso, Juanjo? Me preguntaban. Y yo no tenía más respuesta entonces que la que tengo ahora: ¡era un niño! ¡Y en mi casa no había piscina! Debí de pensar que una oportunidad como esa no

la podía dejar pasar. A ver cuándo iba a volver a ver una piscina así de grande solo para mí.

Creo que nunca he vuelto a hacer esperar a nadie en un rodaje. Bueno, sí. Pero no por tirarme a una piscina, sino por irme a pescar a un río, y solamente porque no sabía que ese día había rodaje. Lo contaré más adelante, pero la verdad es que desde que empecé a currar, quitando esa travesura, siempre he sido serio y he estado concentrado. Y algo debió de salir bien a pesar de todo, porque aquella campaña de publicidad supuso el primer rodaje de mi vida, pero luego me fueron cogiendo para series de televisión, como *Querido maestro* o *Compañeros*. El niño era travieso, pero funcionaba. La agencia me seguía mandando a *castings*, y en los *castings*, me seguían eligiendo.

El pelotazo lo di con *El Bola*, que se estrenó en el año 2000, cuando yo tenía doce años. La prueba consistía precisamente en algo parecido a ese monólogo que he recitado en el primer capítulo. Achero Mañas, el director, me dijo: «Mira a esta cámara como si me fueras a pegar y dile todos los insultos que te sepas». Yo parecía más pequeño de lo que era y me sabía mogollón de tacos y de malas palabras. A ver: soy de Parla, una ciudad al sur de Madrid. Cuando oís hablar del «cinturón obrero» de Madrid, o del «cinturón rojo», están hablando de Parla. También de Getafe, Leganés, Coslada, Alcorcón, Arganda, Fuenlabrada, Móstoles o Pinto. Lugares donde, en general, no se habla como en los diccionarios. En Parla no hay famosos, ni restaurantes de postín, ni tiendas de lujo. Parla no es el barrio

de Salamanca. Así que el contraste entre mi carita y los sapos y culebras que me salían por la boca era muy chocante. Se me ocurrieron frases tan chungas y humillantes que a mi madre todavía le da vergüenza acordarse. Y eso que no me vio, sino que se lo conté yo después, porque a ella no la dejaban pasar a la prueba de cámara. Y menos mal, porque igual si hubiera estado delante me hubiera cortado más. Luego la pobre me decía: «Pero, Juanjo, por favor, qué van a pensar estos señores de un niño que dice “como me pongas la mano encima, me tiro a tu hermana la coja”».

Así que, como os decía, a veces ser un pieza tiene premio.

Años después me daría cuenta de lo diferente que ese rodaje sería de los demás. Primero las pruebas, que duraban tres o cuatro horas, luego muchas semanas de ensayos, un lujo que normalmente no se tiene. Y ya en rodaje, muchos niños con los que jugar en los tiempos muertos. Y finalmente un éxito brutal, una conexión con el público que no se vive muchas veces en una carrera. Y, de colofón, el premio más importante del cine español.

¿Cómo no me iba a enganchar a eso?

Era la primera película de Achero, después de algunos cortos en los que también había trabajado con niños. Además, él mismo había sido un niño actor, así que sabía muy bien lo que se hacía. Nosotros no tanto, porque nunca nos explicó el argumento completo de la peli. Como sabéis, era sobre maltrato infantil y a él le parecía que podía ser demasiado duro para nosotros. Achero lo pasaba mal,

luego contaría muchas veces que le daba la sensación de que estaba maltratando a unos niños, concretamente a mí.

Mi padre en la ficción, Manuel Morón, me pegaba en la cabeza, me insultaba, me daba patadas cuando estaba en el suelo y me decía que deseaba mi muerte. Ese personaje estaba traumatizado por haber perdido a un hijo anterior, pero además era un mal tipo que se ensañaba con su propio niño. ¿Y cómo vivía yo esa situación de maltrato, de palizas y desprecios? Pues me moría de risa. ¡En serio! Iba acolchado por todas partes, y me divertían las escenas de acción. Él me daba puñetazos y patadas, y yo me tiraba por el suelo, gritando y llorando. Y cuando decían: «¡Corten!», me levantaba riendo y preguntaba: «¿Ha valido o hacemos otra?». La gente, los otros actores, los técnicos, el propio Acheró..., todos flipaban. Y fue ahí, en ese rodaje, donde escuché por primera vez una frase que me ha acompañado durante toda mi carrera: «Juanjo es un actor natural».

Un actor natural.

Quiere decir que no me hicieron falta cursillos ni muchas explicaciones para ponerme delante de la cámara y hacer lo que se me pedía: representar a alguien que siente cosas, a quien le pasan cosas que en realidad no está viviendo. Yo era peliculero, me resultaba fácil imaginarme que estaba hecho polvo, o feliz, o preocupado, memorizar mis frases y luego aprender a decirlas de forma que pareciera que me salían de dentro y que se me habían ocurrido a mí.

Pero con los años he descubierto que esa naturalidad, ese don, es muy frágil, y que jugar con él es

peligroso, que lo puedes estropear si lo tocas. Hay que tenerle respeto. Yo, por ejemplo, nunca he hecho cursos de actuación, ni he trabajado con *coaches* o profesores de interpretación. He ido construyendo mi propia forma de trabajar, mis patrones. Creo un personaje en mi cabeza, lo desarrollo y lo pongo en práctica. Tirando de la intuición. Por ahora no me ha fallado, y por eso no quiero estudiar ni hurgar en mi instinto. Primero porque no se deja, y segundo porque a ver si se me va a romper.

Pero además de lo de la naturalidad, mi cara también tenía algo: una fotogenia especial, ese don que te hace salir más guapo en pantalla de lo que eres en la vida real. A ver: que feo no soy, todos en mi familia somos guapetones. Y yo no soy presumido, nunca me he puesto un filtro en Instagram ni ando todo el día mirándome en los espejos. Pero sé que doy bien por cámara: la gente me lo dice y yo lo veo. Es algo que los actores tenemos que saber, para ser realistas en relación con nuestro físico. Yo me miro en las fotos de grupo y lo veo, veo que estoy rodeado de tíos que en persona lucen atractivos, muchas veces más que yo. Pero a mi cara le pasa algo cuando la atrapa una cámara. Es como que se me ve más, como que la mirada del que observa la imagen tira para donde yo estoy. Lo que se dice «comerte la cámara». La fotogenia es así, una cuestión de suerte, un don que se tiene o no se tiene.

Luego el trabajo es saber qué hacer con eso.

El caso es que ese algo que vio Acheró en mí, luego lo vería mucha gente, porque, por ese papel en el que me lo había pasado tan bien haciendo

como que sufría, me dieron el Goya al mejor actor revelación. Me convertí en uno de los seis niños en toda la historia en recibir un premio de la Academia de Cine. Pero que te den un Goya, como la fotogenia, es solo el principio. Lo importante es luego saber qué hacer con eso. Y yo solo tenía doce años. Menos mal que estaba ahí mi madre.